

Carta a Ud.

28 de agosto de 2008

Amigo mío:

Te escribo esta carta este día de fiesta que nos une. Y nos une a pesar de que entre nosotros hay más de mil años de distancia, con idioma, costumbres y forma de pensar bastante diferentes. Pero lo que no ha cambiado tanto es el corazón del hombre, y ahí es donde mi experiencia humana está a tu disposición por si te puede servir de ayuda.



Yo no fui, de joven, ni mejor ni peor que la mayoría. No me dedicaba a abusar de la gente; pero tampoco estaba dispuesto a que abusasen de mí. Si acaso era más inquieto que la media. Ya desde los años del colegio no me conformaba fácilmente: quería saber que había detrás, que sentido tenía todo esto.

Y durante 30 años anduve de acá para allá preguntando, mirando, comparando, sintiendo...

En ese tiempo supe lo que era ambicionar una posición, llegar a tener un porvenir asegurado; probé los frutos de la sensualidad y, desde luego, no he pasado a la historia de la Iglesia como un santo niño; conocí lo que significa amar y ser amado por una mujer, el orgullo de ser padre; me quedé asombrado de lo profunda que puede llegar a ser la amistad entre los hombres... Con el corazón en la boca yo pedía cada día más: más felicidad, más placer, más verdad, más... ¡más!

Llega una edad en la vida en que te dicen. “Pues ya no hay más. Y, si quieres ser maduro, acostúmbrate a contentarte, a conformarte con lo que hay, a ser realista”. La sociedad común está llena de gente “madura”, que saben conformarse con lo que tienen, incluido ese poquito de rebeldía que los tiempos y el buen gusto permiten.

Yo decidí no conformarme. Pedí más.

Y, en medio de una crisis general, donde no veía cómo salir adelante, acepté de una vez por todas que mi corazón había sido hecho para recibir al Amor que hizo el amor y que estaría inquieto hasta que no descansase en él.

Mi mujer, mi hijo, mis libros, mis amigos... todo estaba allí y yo lo amaba; pero todo esto se quedaba manco sin Dios y sólo con Dios tenía sentido todo: la vida y la muerte, y el amor y la amistad y la verdad y el perdón de los enemigos y la honradez y la pobreza...

Esa fue mi experiencia. No es literatura, ni ganas de cubrir el expediente. Mentiría si lo contara de otro modo. En mis libros, especialmente en las "CONFESIONES", tienes escrito de mi puño y letra mi itinerario, que fue lo que me pasó. Claro que no voy a pedirte que tú, que eres diferente de mí, lo repitas. Porque puede ser –puede ser- que tú seas de los que no le piden más a la vida. Entonces, todo esto te parecerá un rollo (sólo que... sino hay guerra dentro de ti, ¿no será por haber concertado una paz vergonzosa?).

Pero también puede ser que lo mío te suene familiar, que también tú andes buscando aquí y allá, y te sientas hoy lleno de amor y mañana de vacío... A ti te escribo esta carta, para animarte a la inquietud, a que sigas buscando; para que no te rindas todavía, aunque todo te invite a rendirte; para que seas en todo momento de tu vida honrado contigo mismo.

Y si no encuentras a Dios, no importa: él te encontrará a ti. Yo se que no es fácil, tal como están las cosas, hablar de Dios: para muchos, por desgracia, Dios no es hoy una elección personal sino una costumbre. A Dios se le identifica con el Antiguo Régimen... Pero Dios es tu profundidad: no lo huyas sin más ni más, porque estás huyendo de tu centro. Y si quieres estar seguro de no estar hablando contigo mismo, de no estar haciéndote un dios a tu imagen y semejanza, ahí está el Dios presentado por el Jesús del evangelio, hombre como nosotros, con palabras como las nuestras, con un mensaje social exigente, con una ética que no son pamplinas, Dios y hombre con amigos.

Probablemente luego querrás comunicar tu experiencia con otros (¡sin estereotipos opresivos ni nuevos roles por favor!). Y vendrá la Iglesia, dura realidad donde a veces apenas se reconoce el evangelio. Pero ¿acaso se ha de dejar la casa grande porque haya algunos cacharros rotos?

En fin; siempre es delicado aconsejar. Tú vives cuando el cristianismo lleva ya dos mil años: ha hecho mucho camino, ha habido muchos otros testigos. De mí solamente puedo decirte, de despedida, que me hizo dichoso quien me hizo.

Suerte amigo. El que te escucha no está fuera de ti. No somos gran cosa cada uno de nosotros, pero –aunque alguien opine lo contrario- cada uno de nosotros ha sido hecho para ser feliz. Te deseo, pues que haya felicidad en la obra que se representa en el teatro de tu pecho; pequeño teatro, pero Dios te mira.

Canta y camina.

Agustín,
el del corazón inquieto.



Alcalá, 83. MADRID.



91 435 76 82



samasabe@agustinos-es.org